

Las nuevas perspectivas de África ante el milenio

Catherine Boone

En esta época de liberalización política, reestructuración económica y democratización, a menudo se considera que África es una región aislada y excluida del progreso. Es cierto que los países de África son pobres (y que, aparentemente, se están haciendo más pobres), que muchos cargan con el peso de gobiernos débiles y apenas legítimos, que la mayoría se muestra cada vez más marginada de la economía mundial en expansión, dejados a un lado en una gran medida por las actuales olas de integración económica internacional, que a muchos los caracteriza la inestabilidad política y que a muchos los llevan al desastre déspotas muy prejuiciosos y arraigados; y también es cierto que, hacia finales de los años noventa, se podía escribir del “desarrollo” de los cuarenta años anteriores como un fracaso, si aceptamos como prueba el hecho de que el ingreso *per cápita* de ese decenio había retrocedido a cifras cercanas a las de los años sesenta y setenta. África no se benefició de la expansión económica mundial ni de los mercados de capital al alza de los años noventa.

Uno de los resultados de lo anterior es la creciente tendencia entre los expertos y los elaboradores de políticas de Occidente a declarar a África como una región “demasiado difícil”. La consideran demasiado extraordinaria, demasiado excepcional como para tratar con ella realmente. Y eso lo vemos incluso en las ciencias sociales: los economistas y politólogos están adquiriendo el hábito de ignorarla, como si todo el continente fuese una isla lejana, tan lejos de la curva normal (“¡fuera del mapa!”) que es sólo una mota que no debemos permitir que nos distraiga. Los economistas y los politólogos se encogen de hom-

bros; no es raro oírlos decir que hay algo en el contexto que es desfavorable al desarrollo económico: es necesario buscar las explicaciones en la antropología cultural o en los estudios religiosos.

I. LAS CATEGORÍAS

Son tres los aspectos que es posible señalar respecto de la categorización de África como “excepcional” o como “un continente perdido”. El primero consiste en que no sólo África entra en esa categoría. Los ejemplos de marginación económica y “disfuncionalidad política” marcadas se pueden encontrar en el Medio Oriente, en toda la periferia de la antigua Unión Soviética, en especial en lo que ahora es Asia Central, en el sureste de Europa (los Balcanes, Albania y Rumania), en algunos Estados latinoamericanos (Bolivia, Colombia, Perú, etc.), en Centroamérica (Guatemala, El Salvador y Nicaragua) y en algunas partes del sur de Asia (Sri Lanka).

Podemos hablar de crecimiento explosivo de los mercados financieros internacionales y de aumento de la inversión extranjera, pero el otro lado de la moneda de esa realidad es la marginación de una gran parte del mundo. Las nuevas inversiones tienen un alto grado de concentración: a principios de los noventa, casi el 75 por ciento de la inversión extranjera directa del mundo se hizo en diez países.¹ En 1993, el 60 por ciento se hizo en cuatro países: China, México, Argentina y Malasia.² La mundialización está creando y fortaleciendo nuevas *formas de crecimiento altamente excluyentes*, eso es un hecho del presente. Lo vemos claramente en las relaciones de África con el resto del mundo; pero lo que tenemos en este caso no es excepcional: es tan sólo un ejemplo muy claro de un fenómeno muy extendido.

Como segundo argumento se puede hacer notar que a lo largo del tiempo ha habido variaciones espectaculares en el seno de África. El periodo que va de los años cincuenta a los ochenta se caracterizó por grandes éxitos en la cons-

¹ El 72% fue a dar a China, México, Malasia, Argentina, Tailandia, Indonesia, Brasil, Nigeria, Venezuela y Corea del Sur (B. Heredia, *Dev. World* 1999/2000, p. 46).

² Fantu Cheru, en Mittleman (coord.), *Globalization*, p. 148.

trucción de naciones y de infraestructura urbana, en la producción de cultivos de exportación y en el desarrollo del capital humano, la educación y la salud.

A finales de los años ochenta, las tasas de educación (definida como el porcentaje de egresados del quinto o sexto grados, el cual se considera como el mínimo que garantiza la alfabetización permanente) eran del 80 por ciento o más en Botswana, Senegal, Tanzania y Burundi;³ y Ghana andaba cerca. Podemos comparar esas tasas de alfabetización con la de la India, que fue del 38 por ciento, aproximadamente. Los promedios de la esperanza de vida en el continente pasaron de cerca del 40 por ciento a alrededor del 60 por ciento en el transcurso de los años sesenta y setenta.

Esa fase se vio interrumpida por la crisis de la deuda de mediados de los años ochenta. En general, desde entonces ha habido retrocesos: desde 1985 se ha dado un debilitamiento general de los Estados y las economías de África. Existen muchos indicadores de ese descenso. Uno de ellos es el ingreso *per cápita*, que ascendió desde 1950 hasta 1980 y desde entonces ha retrocedido hasta aproximadamente el promedio de 1960. La esperanza de vida ha seguido el mismo patrón, lo cual se debe en una gran medida al SIDA, pero los efectos de la pobreza y el SIDA se refuerzan mutuamente (un analista denominó a la pobreza como el “caldo de cultivo” del virus del SIDA).

La fuga de cerebros es otro triste indicador (triste para África, ¡feliz para Europa y los Estados Unidos!). Según parece, en la actualidad hay unos 250 000 profesionales africanos trabajando en Estados Unidos y en la Unión Europea como médicos, ingenieros, académicos, científicos, contadores y hombres de negocios.

Un tercer argumento es la gran variación que siguieron las trayectorias de los diferentes Estados en el periodo posterior a la guerra fría. Algunos se derrumbaron –Somalia, Sierra Leona, Liberia, Guinea-Bissau y la ex Zaire (ahora República Democrática del Congo)– y muchos de ellos quedaron abandonados con toda claridad por los que fueron sus patrones durante la guerra fría. Esos casos son los que generan las historias de horror que ocupan los encabezados de los periódicos de Occidente: entre el 10 y el 20 por ciento de la pobla-

³ Weiner, *Child and State in India*, 1991, p. 159.

ción del continente ha sido víctima directamente de las guerras civiles o de las luchas intestinas generalizadas.

Mientras tanto, no obstante, la mayor parte del continente siguió funcionando con normalidad; algunos ejemplos de ello son Tanzania, Senegal, Malí, Ghana, Costa de Marfil, Botswana y Benin, con gobiernos estables, tasas de crecimiento positivas a mediados de los noventa, la atracción de cierto flujo de inversiones nuevas, profundización de la democracia, etcétera.

Al comparar las trayectorias de los Estados, encontramos otro grupo significativo de países: hay algunos a los que durante los años ochenta se caracterizó como Estados derruidos o “en crisis” que ahora están llevando a cabo su restauración. Varios de ellos tuvieron motivos para celebrar un verdadero progreso a finales de los años noventa; y esa categoría incluye a Uganda, la República de Sudáfrica, Mozambique, Namibia y Nigeria.

II. LAS POSIBILIDADES EN LA SITUACIÓN ACTUAL

Existe algo de promisorio para África en los cambios graduales y en los no tan graduales de la economía mundial y en los convenios geopolíticos de los años ochenta y noventa.

Para África, el siglo xx fue un siglo terriblemente comprometido. Comenzó apenas unos decenios después del final de la trata de esclavos, que estuvo asociada a una violencia y conflictos políticos y sociales muy extendidos, y a trastornos económicos en una escala incommensurable. Después, África tuvo entre cincuenta y setenta años de colonialismo. Como lo expuso Crawford Young en *The African Colonial State in Comparative Perspective*, África sufrió formas de colonialismo que no tuvieron comparación en el mundo moderno en cuanto a violencia y efectos destructivos. En la mayor parte de África, el colonialismo europeo significó el arrasamiento virtual de los sistemas políticos nativos y la reorientación sistemática y tiránica de la comercialización en el seno del continente de la agricultura de cultivos alimenticios y comerciales hacia los productos de exportación (en particular productos no alimenticios y cultivos para bebidas) destinados a Europa. Hubo una destrucción intencional de la capacidad industrial nativa y una desintegración deliberada de la infraestructura eco-

nómica existente que abarcó las **relaciones comerciales**, las monedas, las redes de transporte, los marcos legales, los sistemas de crédito, etcétera.

La destrucción se puede atribuir parcialmente a lo tardío de la colonización europea de África (el siglo xx), en un momento en que los medios de coerción (las armas) de los colonizadores eran ampliamente desproporcionados respecto de los de los africanos. El armamento y las tecnologías de guerra que se emplearon en contra de África durante el periodo que va de los años de 1870 a 1910 habría de utilizarse con los mismos devastadores efectos en Europa durante la primera guerra mundial. La presión de las potencias europeas para lograr rápidamente una “ocupación efectiva” entre 1890 y 1900 y los dictados de Londres y París para que las colonias africanas se financiaran por sí mismas llevaron a los europeos a poner en práctica políticas de “acción extractiva despiadada”, y produjeron un colonialismo mucho menos transigente, más rapaz y más dependiente de la coerción directa que en, digamos, la India (o cualquier otro lugar, salvo en los casos de exterminación descarada de la población nativa). Uno de sus sellos distintivos fue la reducidísima inversión en servicios sociales, infraestructura económica e infraestructura institucional para el comercio, así como la dependencia generalizada en casi todo el continente de la mano de obra forzada durante la época colonial y hasta 1945.

El periodo del neocolonialismo y la guerra fría fue un juego más complejo. Los africanos fueron testigos de la consolidación de elites nacionales que dependían en una gran medida de sus vínculos de corte neocolonial y de guerra fría con los extranjeros de fuera del continente. Los vínculos políticos y las relaciones de dependencia limitaron la libertad de maniobras para la elaboración, experimentación y aprendizaje en lo que respecta a la normatividad, y perpetuaron las relaciones de autonomía reducida, lo que a su vez tuvo como resultado una capacidad disminuida para confiar en las habilidades nativas en lo referente a la técnica, la administración y la planificación. Los gobiernos dependían fuertemente del capital de fuera del continente, incluido el endeudamiento con las instituciones financieras internacionales, sin que hubiese prácticamente debate o discusión política alguna con los hombres de negocios locales, los ciudadanos, los granjeros, los contribuyentes, etcétera, sobre cómo habría de emplearse ese dinero.

Las relaciones de dependencia entrañaron también una responsabilidad limitada ante las poblaciones nacionales. En los casos extremos, la dependencia de los extranjeros (para quienes la democracia en África ocupaba un lugar extremadamente bajo en su lista de prioridades) infligió, en algunas ocasiones en países enteros, las peores clases de dictaduras depredadoras, apuntaladas por Occidente. Mobutu, cliente directo de Estados Unidos, gobernó y prácticamente destruyó Zaire, uno de los países más grandes y ricos de África (con doscientos millones de habitantes, casi la población de Europa).

La actual fase de mundialización, incluido el final de la guerra fría, cambió las cosas en varios sentidos importantes. La marginación económica y política de África –la nueva fase de creciente aislamiento económico y geoestratégico– ha significado, entre otras cosas, el *final* de una gran parte de lo que fueron las antiguas relaciones coloniales y neocoloniales entre África y el exterior. No carece de razón el que Koffi Annan denomine a ese periodo como la “Segunda Independencia” de África, o que Thabo Mbeeki, el presidente de la República de Sudáfrica, hable de un Renacimiento Africano.

Las características del periodo actual son la retirada formal de Inglaterra y Francia del continente, a medida que sus intereses económicos y políticos en él se han ido reduciendo; y Estados Unidos ha abandonado a sus clientes y estados cliente de la guerra fría: el final de la guerra fría fue determinante para permitir una solución a los conflictos de decenas de años de antigüedad en el África meridional, la República de Sudáfrica, Mozambique y Namibia. El deterioro de la economía de exportación de productos agrícolas también ofreció la posibilidad de que la capacidad productiva se desplegara a los alimentos y cultivos que se pueden comercializar localmente, dentro de los países y entre ellos.

De esa manera, el final de la guerra fría y la mundialización, por una parte, y el aislamiento económico y geopolítico, por la otra, pueden ser una especie de bendición, siempre y cuando permitan que los países africanos desarrollen sus propios senderos.

La competencia electoral multipartidaria por los cargos políticos ha provocado cierto movimiento hacia delante en África. En los años noventa, casi todos los países africanos tuvieron elecciones multipartidarias. Los partidos de oposición ganaron las elecciones en Senegal, Costa de Marfil, Zambia, Benin y la

República de Sudáfrica. En la actualidad, treinta de los jefes de Estado en funciones fueron formalmente electos. En general, en los años noventa hubo avances en la libertad de prensa y los partidos de oposición se fortalecieron, ganaron en experiencia y, en algunos casos, llegaron a organizarse mejor (de lo cual son ejemplo Kenya, Senegal, Zimbabwe y la República de Sudáfrica). Con todo, es cierto que la “democratización” no ha producido las transformaciones sociales y políticas arrolladoras que algunos observadores predijeron alrededor del año 1990. En algunos Estados ha habido recaídas y racionalización del gasto después de las aperturas iniciales de principios de los años noventa.

Mientras tanto, están ocurriendo otras cosas promisorias. Ha habido cierta inversión extranjera directa nueva, la mayor parte de la cual está fluyendo hacia las industrias de extracción, con tasas de utilidades para los inversionistas estadounidenses de un 35 por ciento en promedio, entre las más altas del mundo. Koffi Annan llama a ese tipo de inversiones “el secreto mejor guardado de la mundialización”. El comercio de los Estados Unidos con el África subsahariana (con excepción de la República de Sudáfrica) supera ahora el de ese país con la antigua Unión Soviética y con la Europa del Este en su conjunto. En 1995 treinta países africanos tuvieron tasas de crecimiento positivas superiores al 3 por ciento.

El SIDA constituye un desafío terrible para África en los decenios venideros, pero Senegal y Uganda han demostrado que es posible dar una respuesta positiva al flagelo. La crisis del SIDA ha alcanzado proporciones desastrosas y ahora se le reconoce en general como tal vez la mayor amenaza individual que atenta contra el desarrollo nacional y regional. Esos dos países han centrado su atención en los esfuerzos de educación pública de baja tecnología con una mano de obra numerosa, en combinación con el uso eficaz de los medios de comunicación de masas.

III. LAS RESTRICCIONES PERDURABLES A LA AUTONOMÍA NORMATIVA

El final de la guerra fría y la mundialización –el aislamiento económico y geopolítico– pueden ser una especie de bendición si dan a los países africanos más libertad para maniobrar e innovar; sin embargo, ello no será posible, o será

mucho más lento (con un costo humano enorme), si se mantiene la salida neta continua de los excedentes económicos africanos.

La crisis de la deuda de los años ochenta nunca terminó realmente en África; y se estima que ahora es de 227 000 millones de dólares (62 000 millones de dólares tan sólo en el caso de la República de Sudáfrica), esto es, unos 400 dólares por cada hombre, mujer y niño del continente. De los 41 países designados como “HIP” por el Banco Mundial, 32 pertenecen al África subsahariana. Algunos de esos países son prácticamente insolventes. Lo irónico es que existe un flujo neto de capitales hacia el exterior de esos países, los más pobres de los pobres del mundo industrializado. Una enorme proporción del efectivo proveniente de la producción de los cultivos de exportación, los impuestos, la venta de empresas de propiedad estatal, los derechos de explotación minera, etcétera, y que en ocasiones excede el 20 por ciento de los ingresos totales del gobierno, sale de esos países. Los flujos netos de capital a las instituciones financieras internacionales son a menudo negativos (en 1997, Ghana, por ejemplo, niño mimado del “ajuste estructural”, pagó a las instituciones financieras internacionales 175 millones más de lo que recibió). Durante la mayor parte del decenio de los años noventa, África ha estado pagando por el servicio de la deuda más de lo que ha recibido como capital nuevo, lo que la hace un proveedor neto de capital de Occidente. Los pagos de la deuda tienen prioridad sobre el gasto en salud, agua potable, servicios sanitarios y desarrollo humano. En Mozambique, el pago de la deuda equivale a más del doble de la inversión combinada en salud y educación. En Uganda, en 1997, durante una de las peores crisis de SIDA del mundo, el gobierno gastó 3 dólares por persona en atención médica y 17 dólares por persona en el pago de la deuda externa.

IV. LAS PERSPECTIVAS DE ÁFRICA Y DE LAS CIENCIAS SOCIALES SOBRE EL ESTADO Y LA SOCIEDAD CIVIL

a) La fortaleza institucional del Estado

¿Qué conclusiones u observaciones generales podemos extraer de lo anteriormente expuesto? Vemos estabilidad y progreso y, también, una amplia varia-

ción de un país a otro respecto de lo que vimos en África desde, digamos, 1985. Lo anterior es muy coherente con lo que observamos a escala mundial, esto es, las desigualdades que vemos en África son un reflejo de la desigualdad de los efectos del final de la guerra fría y de las presiones para la liberalización del comercio y de los mercados financieros mundiales. Una de las razones que las ciencias sociales pueden ofrecer para explicar dicha variación es la observación de que lo que hace diferentes a los países es en una buena parte *la calidad de las instituciones estatales y la capacidad del Estado*, lo cual, a su vez, explica en una gran medida las diferentes experiencias de desarrollo en el mundo posterior a la guerra fría, los diferentes efectos de la mundialización y las diferentes respuestas a esta última.

Resulta que se necesita un Estado fuerte para negociar la inserción en la economía mundial, para suministrar el apoyo necesario a la inversión nacional y extranjera y para crear las condiciones sociales que lleven a la estabilidad política y el progreso económico. La fortaleza del Estado tiene que emplearse tanto para institucionalizar como para hacer rutinarias la discusión y la negociación sobre los objetivos generales de la política económica y, también, para cultivar un consenso amplio respecto de los objetivos fundamentales de la política económica.

La calidad de los gobiernos y el Estado explica en una gran medida la variación que vemos en el África posterior al decenio de los años noventa: los Estados más fuertes han obtenido mejores resultados; los Estados fuertes son los que están más arraigados en la economía, en los que el Estado y la sociedad están vinculados por redes institucionales densas, aquellos que por lo general se han basado en la producción campesina de cultivos de exportación.

Los Estados débiles han sido aquellos que se han basado en la extracción de minerales, las economías de enclave, entre ellas, paradójicamente, los Estados productores de petróleo, cuyas relaciones institucionales con la economía y la sociedad son pocas y muy poco ramificadas.

África necesita más Estado, no menos Estado. Es evidente que un Estado muy reducido dificulta el desarrollo. En los años ochenta y principios de los noventa, el hacer un llamamiento para construir y fortalecer la capacidad del Estado iba directamente en contra de la ortodoxia de las instituciones de de-

sarrollo internacionales. Conforme a los programas de ajuste estructural, el grito de guerra ha sido “menos Estado”, dejar funcionar los mercados, que los precios encuentren su lugar; los programas de reformas unitalla basados en la ortodoxia del lado de la oferta. La premisa ha sido que “el Estado distorsiona”. Las instituciones financieras internacionales insistían en devaluaciones fuertes de las monedas, recortes del gasto del sector público, liberación de las importaciones, privatización de las empresas del Estado y eliminación de los subsidios y los convenios de comercialización concebidos por el Estado para la agricultura. Su lema era “Quiten al Estado de enmedio; dejen que los mercados trabajen”.

Los resultados de esa estrategia han sido desastrosos para el África subsahariana. Han provocado la pérdida de industrias, la caída de la producción de cultivos de exportación, un progreso muy lento en la privatización (salvo en unos cuantos sectores selectos, como el de las comunicaciones) y el derrumbe de la infraestructura económica (caminos, puentes, edificios gubernamentales) y del gasto social (universidades, escuelas, instalaciones de salud). La liberalización ha producido una recesión profunda y prolongada que muestra pocos indicios de que vaya a abatirse en el corto plazo.

Uno de los problemas fue que los reformistas supusieron que los mercados y las instituciones necesarias para que éstos funcionen ya existían; sin embargo, no era así. Los programas de privatización han avanzado con una rapidez mucho menor que la que previeron las instituciones financieras internacionales, debido, en ocasiones, a que hay pocos adquirientes de empresas estatales fracasadas y cargadas de deudas y, en otras, a la carencia de financiamiento disponible en el largo plazo para los posibles compradores locales. Otro ejemplo es la reforma del sector financiero. La desregulación, la reforma bancaria y la liberalización financiera fueron emprendidas en un contexto de recesión económica, inestabilidad macroeconómica y fuerte endeudamiento gubernamental para financiar déficit presupuestarios crónicos. El resultado ha sido las olas de cierres y quiebras de bancos y las tasas de interés muy altas que han llevado a la bancarrota incluso a prestatarios viables, lo cual ha contribuido a los fracasos de los bancos y a un costo del capital fuera del alcance de nuevos prestatarios. No existe la intermediación financiera y hay una carencia casi completa de créditos nuevos.

Muchos de los efectos de los programas de ajuste estructural imponen reducciones precisamente en la dirección opuesta. Las reformas de la normatividad han erosionado gravemente la capacidad de los estados para funcionar *como tales*, es decir, para suministrar ley y orden, infraestructura, inversión en **capital humano y servicios sociales**. Como continúan señalándolo los economistas e intelectuales africanos, las reglas de los programas de ajuste estructural (para no mencionar las de la Organización Mundial del Comercio) niegan a los africanos el acceso precisamente a los instrumentos de normatividad que han fomentado el desarrollo en todo el resto del mundo, sobre todo en Asia: encauzamiento del crédito hacia las inversiones de alto impacto, fomento a la actividad empresarial en el contexto de una política industrial orientada hacia la competitividad, impulso a la diversificación, a los vínculos sectoriales y a la tecnología productiva. Las reglas de los programas de ajuste estructural y de la Organización Mundial del Comercio descartan tales esfuerzos, aun cuando los propios africanos los paguen. Las reglas de la Organización Mundial del Comercio, por ejemplo, descartan el que se favorezca a las compañías nacionales en las adquisiciones de los gobiernos. Y también representan un grave obstáculo a los esfuerzos africanos por fomentar la integración regional.

b) El Estado y la sociedad civil

Las reglas, la credibilidad y la fortaleza institucional son los temas del nuevo institucionalismo en las ciencias políticas. Lo que el nuevo institucionalismo no nos dice y lo que aquellos que se interesan en África realmente quieren saber es: ¿de dónde provienen esas instituciones? Para dar respuesta a esta pregunta es necesario retornar al análisis de la sociedad, que se volvió obsoleto en la política comparativa. La teoría de las clases y la del contrato social son “teorías de la sociedad” que arrojan luz sobre la experiencia de África.

La teoría de las clases sostiene que, en última instancia, el Estado se encuentra atado a los intereses de la clase gobernante. La hipótesis consiste en que, en los casos en que en una sociedad existe una marcada estratificación social, el Estado sirve a los intereses de los grupos más poderosos social y económicamente; la democracia expande el círculo de los beneficiarios de la acción

del Estado a la clase media; y la democracia social o el Estado benefactor incorporan a los trabajadores, en particular la fuerza de trabajo organizada.

África posee densidades de población bajas, una agricultura campesina y clases medias que dependen del Estado en una gran medida, por lo que ha sido difícil reunir el poder en la sociedad para formar grupos sociales que puedan servir como contrapeso al Estado. En África no existen las clases sociales independientes y unidas que produjeron la democracia liberal en Occidente. Tampoco existen las clases acumuladoras de capital (la burguesía terrateniente o industrial) que deben estar presentes para hacer responsables a los gobernantes de, cuando menos, ofrecer las condiciones que lleven a la acumulación de capital.

También la teoría del contrato social nos ayuda a arrojar luz sobre esas dinámicas. Una larga tradición de la teoría social considera al sistema tributario como el meollo del contrato social entre el Estado liberal y la sociedad, por lo que se relaciona directamente con lo que hemos venido discutiendo. Los estados tienen que obtener dinero de la sociedad o dedicarse ellos mismos a los negocios (como la URSS, o a través de la propiedad de las industrias de extracción, lo que siempre es un problema para la democracia). En el mundo moderno, la clave para la formación del Estado –según los teóricos del contrato social– son los procesos a través de los cuales los Estados llegan a ser financieramente dependientes de la ciudadanía y, por lo tanto, responsables ante ella en última instancia.

En los casos en que los Estados *no* dependen de su ciudadanía para obtener sus recursos (esto es, en los casos en que el Estado vive de la extracción de recursos minerales o de la ayuda extranjera), el “suministro de bienes públicos” en cuanto proporción del PIB es muy reducido. La dependencia de los Estados africanos de la extracción mineral y la ayuda extranjera los han “liberado” de tener que responder ante sus ciudadanos y ello debilita la posición de negociación de los productores reales y potenciales. Si no son dependientes de la actividad comercial privada para generar recursos fiscales, los regímenes pueden darse el lujo de aplastar o reprimir a la clase comercial nacional. En este sentido, la extroversión y dependencia del Estado –esos grandes factores estructurales macroeconómicos– han sido un impedimento para el desarrollo de Estados responsables, de la democracia y, también, del progreso económico.

V. CONCLUSIÓN: LAS ACCIONES INTERNACIONALES

Lo más constructivo que pueden hacer por África los gobiernos exteriores es remover los obstáculos a la capacidad de los africanos para hacer que sus propios gobernantes sean responsables y eliminar las restricciones a la capacidad de los gobiernos para desarrollar sus propias estrategias y soluciones. Lo que se necesita es un medio ambiente más facultativo. Y los Estados Unidos tienen una función muy importante que desempeñar en este caso, pues es una de las principales fuentes de restricciones a las opciones normativas y a la autonomía africanas. Las presiones internacionales pueden ayudar a llevar a los estadounidenses a hacer lo correcto.

En primer lugar, es necesaria una reconsideración continua de los programas de ajuste estructural y de la lógica antidesarrollista inherente a la Organización Mundial del Comercio y a la Ley sobre el Desarrollo y las Posibilidades de África, el acuerdo comercial entre Estados Unidos y África aprobado por el Congreso de Estados Unidos en la primavera de 2000.

En segundo lugar, debe haber apoyo a la integración regional. En la actualidad, las instituciones financieras internacionales, el gobierno de Estados Unidos y los gobiernos europeos trabajan con sus similares africanos en una relación de uno a uno; y, a menudo, las organizaciones internacionales apoyan las políticas económicas y de seguridad que dividen a África.

En tercer lugar, África debe asegurarse un mayor alivio de la deuda.

En cuarto lugar, las presiones internacionales pueden ayudar a rendir por hambre a las insurgencias ilegales y a los caudillos que se alimentan de ellas. Se debe terminar con los flujos ilegales de armas y bienes de exportación (diamantes, petróleo, etc.).

En quinto lugar, la comunidad internacional y los gobiernos de Estados Unidos, Francia e Inglaterra deben cooperar con las campañas en contra de la corrupción. Se estima que las fugas totales de reservas de capital africano a mediados del decenio de los años noventa representaron aproximadamente el 90 por ciento de la deuda nacional de Nigeria y el 60 por ciento de la deuda total del continente.

Sería necesario que los proyectos propuestos se emprendieran en paquete y como parte del compromiso de Estados Unidos de establecer marcos multilaterales en los que se puedan abordar los problemas y las crisis de una manera institucionalizada que no permita que Estados Unidos actúe como un policía mundial aislado o como un intruso oportunista, lo cual comprende los esfuerzos por construir un sistema de gobierno económico mundial más eficaz –y más democrático–. 